

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

Dios nos ha sentado en los cielos , en Cristo Jesús
[God has seated us in the heavens, in Christ Jesus]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository.
More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy
of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	Léonard, André
Publisher	Ediciones Encuentro
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-06-26 09:37:52
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/213341

estudios

Dios nos ha sentado en los cielos, en Cristo Jesús

por
André Léonard

Nuestra medida no está en nosotros

El hombre medida de todas las cosas

«El hombre es la medida de todas las cosas», afirmaban los Sofistas. Esta pretensión se verifica hasta un cierto punto. En efecto, en la zona limitada pero infinitamente preciosa de nuestra autoconciencia lo real se ilumina de modo maravilloso al hacerse presente a sí mismo. En este relámpago translúcido de la conciencia, se nos abre el espacio y se nos da la medida que nos permite medir en principio toda realidad y en primer lugar a nosotros mismos. El árbol no sabe que es un árbol y, porque al no saberlo no está presente a sí, tampoco está presente al mundo. No tiene en sí ni su propia medida ni la medida de lo que le rodea. El hombre sí sabe que es un hombre. Es consciente de sí como hombre y, por esta misma razón, es capaz de situarse en relación al mundo y de situar al mundo en relación a él. El hombre mide en cierta medida su propia humanidad y, de este modo, se abre para él una ventana que le asegura una visión del universo entero. A donde quiera que dirija su mirada, el hombre aporta con la realidad de su propia autoconciencia una cierta medida de lo real como tal.

Una medida mensurada

El hombre se mide a sí mismo y mide virtualmente el ser de todo lo creado. Pero él es a su vez una criatura y, entonces, la medida que él es no es solamente mensurante sino también mensurada. Mide todas las cosas, pero volviendo a

tomar de manera original una medida ya dada a los seres, una medida que les es inmanente y que se les ha otorgado a fin de cuentas por la inteligencia divina creadora, medida no mensurada o absoluta de toda realidad. A la luz de nuestra conciencia, definimos lo que son las estrellas, pero, al hacer esto, descubrimos un sentido y una esencia (ser una estrella) de los que no somos los autores sino sólo los esclarecedores. Vamos activamente hacia el reconocimiento del mundo. Pero nuestro conocimiento, por muy prodigiosamente revelador que sea, no es más que una recuperación. Conocemos las cosas porque existen y son ya inteligibles porque Dios las conoce y las quiere.

Y el hombre no sólo no es la medida originaria de las cosas, sino que tampoco es la medida originaria de sí mismo. Aunque el hombre se mida a sí mismo en su autoconciencia, no es el creador de sí mismo. El mismo es, de parte a parte, un ser creado. Incluso la estructura de su autoconciencia se impone a él, a pesar de su transparencia relativa. ¿Qué decir entonces de las raíces de su existencia y de su destino último? Si el hombre se escapa ya a sí mismo en el santuario íntimo de su conciencia, ¿con cuánta más razón sucederá esto mismo en los mil lazos secretos que le atan, por abajo, al cosmos y en las aspiraciones misteriosas que atestiguan, por arriba, su destino final!

Una medida inmensa y desmesurada

El hombre, medida de todas las cosas, es a su vez medido por Dios. Pero hay más. Su medida es absolutamente única y totalmente original. La medida de una piedra, de una planta o incluso de un animal es relativamente determinada y estable. Lo que la piedra, la planta o el animal puedan llegar a ser está programado en su naturaleza definida y, normalmente, disponen sin problema de los medios necesarios para la realización del fin que está inscrito en su esencia. La esencia general de una rosa o de una libélula es bastante fácilmente circunscritable y, además, estos seres tienen generalmente en sí mismos o en su entorno inmediato con qué realizar su esencia.

En cuanto al hombre, también él tiene una esencia o naturaleza, pero su naturaleza está «esencialmente» en devenir, es histórica. El hombre no puede dar la vuelta a su humanidad y circunscribir de antemano todas sus posibilidades. Pues el hombre no sabe adecuadamente lo que hay en el hombre. El hombre es para sí mismo un futuro desconocido y misterioso. Esta incapacidad de ser medido de manera estática y exhaustiva forma parte de la naturaleza misma del hombre. Dios es el único que sabe lo que hay en el hombre y le conoce con tal adecuación que le concede, por este conocimiento creador, la plena medida de su inmensidad. El creador es así la fuente, el garante y, por eso, la medida de infinitud y de inmensidad, siempre en devenir, del ser humano.

Pero la inconmensurabilidad del ser humano no está solamente ligada a la inmensidad —mensurable por Dios solo— de su esencia infinitamente abierta, sino que proviene también del desequilibrio, incluso de la desfiguración y por tanto de la «desmesura» de su ser herido por la caída original. La medida inmensurable que religa el hombre a Dios, al mundo y a sí mismo es también, en lo concreto de la historia, una medida estropeada, pervertida y, en este sentido, des-mesurada. Las penosas relaciones del hombre con Dios, con la naturaleza, con los otros hombres y consigo mismo señalan la pérdida de la medida original. Esas relaciones están torcidas, desviadas, incluso a veces cortadas. Al inacabamiento intrínseco y positivo de la naturaleza humana en devenir se añade así el incumplimiento contingente y negativo de una existencia histórica profundamente dañada si no totalmente corrompida. A distancia de sí mismo, segado de sus propias raíces, ¿estará el hombre en condiciones de alcanzar su propia esencia y de llegar a ser de hecho el que es en principio?

«Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios»

El yo en el tú

¿Dónde está el yo del niño que acaba de nacer? ¿Dónde está ese yo que florecerá un día en la gloria de la conciencia y en la soberanía de la libertad? Duerme en el niño como una potencia que pide ser despertada. Despertada por otro yo que ya ha llegado al despertar del espíritu, por ese tú amoroso y benevolente que se inclina sobre el niño y ya le tutea incluso antes de que haya llegado a ser un yo para sí mismo. El niño no está todavía presente a sí mismo, los otros no son todavía para él en verdad los otros, está todavía a distancia de este mundo que, para él, permanece informe y caótico, no sabe todavía que ha sido creado por Dios. Pero ya alguien se vuelve hacia él como si fuera plenamente él mismo y discierne el yo que puede llegar a ser y que llegará a ser por esta misma confianza que se deposita proféticamente en él. Si los padres, en una actitud de desamor, no vieran en el hijo más que el niño que es, éste permanecería siempre niño y no llegaría a ser jamás el adulto que debe llegar a ser y que ya duerme en él. Si, por el contrario, miran a su hijo con la confianza del amor, verán ya en él su realidad ideal, lo que debe llegar a ser como libertad adulta, y esta mirada idealizante, que ve ya lo que todavía no está, permitirá justamente al ideal llegar a ser realidad. La plena expansión del yo en su mundo depende de la confianza creadora que le da el tú del otro. Yo no daré toda mi medida si tú no me das confianza sin medida. Si tú no eres más que realista, yo no llegaré a ser jamás realmente yo mismo; pero si tu mirada me idealiza, entonces la idea verdaderamente real que tú te hagas de mí mismo llegará a

ser mi realidad más verdadera. Mi yo está en tí. Eres tú el que me das a mí mismo, me traes al mundo, me presentas a los otros y me abres a Dios.

Nuestra medida está en Dios

El verdadero yo del niño no está todo por hacer en él. En verdad no existe todavía sino en esa benevolencia de sus padres que le posibilitará progresivamente el afirmarse de hecho como un yo. El yo del niño está escondido todavía en el tú de sus padres y desde allí es desde donde él va en cierta medida al encuentro del niño. ¿Pero dónde está entonces el yo de la humanidad, el yo del hombre como tal? En el hombre mismo, desde luego, dado que él se mide y mide en principio todas las cosas en la autoconciencia. Pero, por otra parte, lo que nosotros comprendemos de nuestro yo no es todavía más que la sombra y el germen de nosotros mismos, ya que la medida que tomamos de nuestro yo, incluso de adultos, todavía no es más que una medida mensurada, inmensa y desmesurada. No sabemos a fondo ni lo que es el mundo ni lo que somos nosotros. Sólo Dios nos sondea, nos abarca en su conocimiento creador. Nuestra verdadera realidad es más bien la idea total y englobante que Dios tiene de nosotros en su conocimiento creador que nos penetra hasta las íntimas fibras y abarca en la unidad nuestro origen y fin, lo que somos y lo que debemos ser. El yo último del hombre está escondido en el conocimiento creador que Dios tiene de él.

El cuerpo de Cristo: verdadera medida de nuestra humanidad (cf. Col 2, 17)

Si Dios se hubiera quedado siendo sólo Dios, la medida de nuestra humanidad estaría en cierta manera calculada por encima de nosotros en el conocimiento a la vez ideal y real que tiene eternamente de nosotros. Pero, por la encarnación, la medida divina de nuestra humanidad se ha convertido ella misma en un hombre concreto de nuestra historia. Un poco como si la idea que los padres se hacen del hijo que educan se presentase concretamente a ellos bajo la forma determinada de una persona (hermano mayor, pedagogo) que encarna perfectamente el contenido y término de su educación. Y, por la cruz y la muerte del hombre-Dios, la norma divina de nuestra humanidad nos atañe no sólo en nuestra historia, sino que incluso ha asumido nuestro fallo esencial, nuestra debilidad y nuestro ser inacabado.

En la resurrección en carne de Cristo aparece finalmente la verdadera medida de nuestra humanidad, la única norma realista de nuestro futuro, la realidad acabada de una existencia humana reconciliada con ella misma, los otros,

el mundo y Dios. Todo lo demás, que consideramos, a menudo abusivamente, como nuestra «realidad» (nuestra condición mortal presente, nuestros múltiples condicionamientos psicológicos, políticos y sociales), todo lo demás no es todavía más que la sombra de nuestra verdadera realidad ideal que está escondida con Cristo en Dios, pero que viene a nosotros, día tras día, en la Eucaristía. Porque ya estamos muertos y resucitados con Cristo y nuestro verdadero yo humano, que permanece en él, nuestra humanidad nueva y reconciliada viene a nosotros en la comunión del cuerpo de Cristo resucitado y transfigura ya secretamente al hombre viejo inacabado y dividido cuya figura está pasando. Mi yo auténtico está en Jesús que está sentado a la derecha del Padre y desde allí irradia ya sobre mí secretamente por la Eucaristía esperando transfigurarme totalmente, si consiento en ello, el día de mi propia resurrección. Viene a mí un poco como la humanidad auténtica del niño le viene de sus padres y como se dice de la Ciudad santa, de la Jerusalén nueva, morada eterna de Dios con los hombres, «que desciende del cielo, de junto a Dios» (Ap 21, 2). El que la medida divina de nuestra humanidad nos haya alcanzado en la historia y, después de la resurrección de Cristo, continúe viniendo a nosotros cotidianamente, en la Eucaristía, para transformarnos desde el interior, atestigua la realidad y la efectividad de la esperanza cristiana en relación al acabamiento del hombre. Pero el hecho —indisoluble del primero— de que esta norma concreta (a saber, Jesús resucitado) haya sido elevado a los cielos y se siente en lo sucesivo a la derecha del Padre para, justamente desde allí, venir a nosotros en la Eucaristía hasta que vuelva en la gloria de la Parusía, ese hecho atestigua conjuntamente la dilatación hasta el infinito y la transcendencia irreductible de esta misma esperanza de una realización plena del hombre. Entonces, «ya que habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Cuando aparezca Cristo, vida vuestra, entonces también vosotros apareceréis gloriosos con él» (Col 3, 1-4).

Traducido por: Vicente Martín Pindado

Nota biográfica

Nació en 1940; es sacerdote de la diócesis de Namur, ordenado en 1964; doctor en filosofía en 1970; profesor agregado de enseñanza superior en 1974. Publicaciones: *La foi chez Hegel*, París-Tournai 1970; *Commentaire littéral de la logique de Hegel*, París-Louvain 1974.